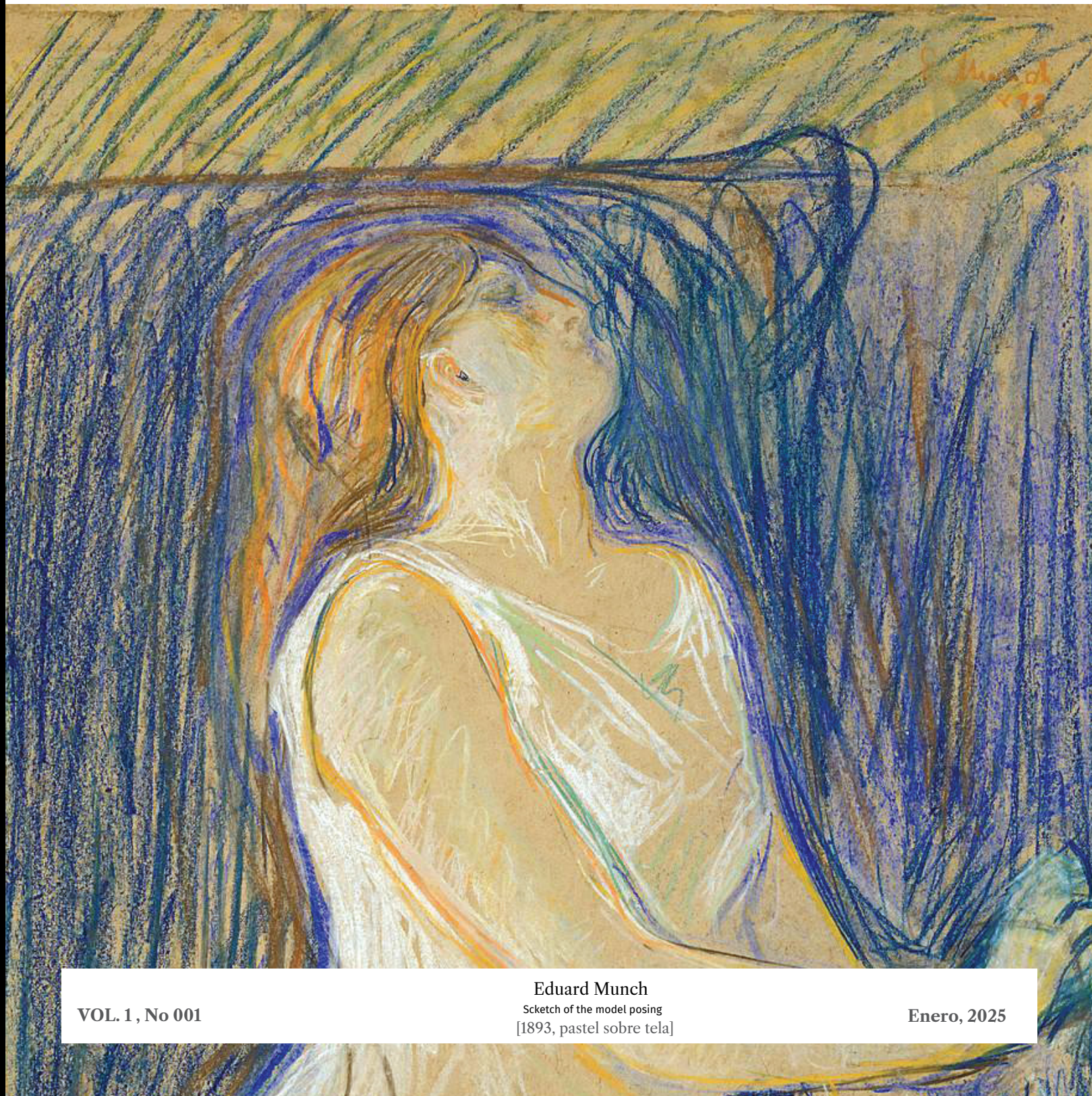


CARAVASAR

Arte, historia, viajes y cultura



VOL. 1 , No 001

Eduard Munch
Sketch of the model posing
[1893, pastel sobre tela]

Enero, 2025

EDITORIAL

El arte como espejo de la historia

*El arte no es simplemente una expresión de belleza;
es un testamento del espíritu humano.*



Desde la antigüedad, el arte ha sido uno de los medios más profundos y potentes para plasmar la experiencia humana. No se trata solo de estéticas, sino de visiones, de vidas y sociedades que encontraron en lo visual, lo literario y lo performativo una voz. El arte y la historia son dos caras de una misma moneda, y, en esta revista, nos proponemos explorar este vínculo fundamental que define nuestro pasado y moldea nuestro presente.

El arte no es simplemente una expresión de belleza; es un testamento del espíritu humano. A través de pinturas, esculturas, arquitectura, música y literatura, la humanidad ha dejado testigos mudos de sus visiones, sus temores y sus deseos

más profundos. Desde las majestuosas pirámides de Egipto hasta las contemporáneas instalaciones de arte conceptual, cada periodo histórico tiene su propio lenguaje artístico, su forma única de entender y representar la realidad.

Cada obra de arte guarda la marca de su tiempo, ya sea en forma de reflejo, protesta o propuesta de cambio. Las esculturas de los antiguos griegos, idealizando el cuerpo humano en su perfección, reflejan un ideal de belleza y armonía que permeaba su filosofía y su visión del mundo. En contraste, las pinturas del barroco europeo, como las de Caravaggio y Rubens, nos muestran un mundo de contrastes dramáticos, donde la luz y la sombra revelan no solo formas físicas, sino también la complejidad emocional de la vida humana.

Por otro lado, no todas las expresiones artísticas buscan exaltar la realidad. Durante el periodo medieval, el arte sirvió como un vehículo para la devoción religiosa, un intento de conectar a las personas con lo divino en medio de una vida llena de limitaciones y desafíos. Las catedrales góticas, con sus elevadas bóvedas y vitrales de colores, pretendían trasladar a los fieles a un espacio celestial, en un esfuerzo por hacer tangible lo intangible.

Con la llegada de la modernidad en el siglo XIX, el arte experimentó una transformación radical. Las revoluciones políticas, sociales e industriales cambiaron la forma en que los artistas veían su papel en la sociedad. Movimientos como el impresionismo, el expresionismo y el surrealismo surgieron como respuestas a un mundo que ya no podía ser descrito con las convenciones artísticas del pasado. Estos movimientos buscaban no solo capturar la realidad visible, sino explorar el subconsciente, los sueños y las emociones, expandiendo los límites de lo que se consideraba arte.

El arte moderno se convirtió en un medio para desafiar y subvertir las normas sociales, para cuestionar los valores establecidos y para exponer las realidades ocultas de la vida cotidiana. Los pintores como Vincent van Gogh y Edvard Munch no solo representaban la naturaleza o la vida urbana, sino también el dolor, la soledad y la alienación en una sociedad cada vez más industrializada y deshumanizada. A través de sus pinceladas, nos sumergimos en un universo de emo-

ciones que no pueden ser descritas con palabras, pero que son profundamente universales.

Al adentrarnos en el siglo XX, movimientos como el dadaísmo y el surrealismo surgieron como respuestas a la brutalidad de la Primera Guerra Mundial y la crisis existencial que la humanidad enfrentaba. Así, el arte se convirtió en una forma de protesta y crítica, un espacio en el que los artistas denunciaban las contradicciones y las injusticias de su tiempo. En la actualidad, el arte continúa evolucionando y desafiando

En esta revista, nos proponemos explorar este vasto y fascinante universo de formas, colores, sonidos y palabras que conforman el arte y la historia.

las fronteras tradicionales. Con la globalización y el avance de la tecnología, el arte contemporáneo ha expandido sus medios y su alcance. Instalaciones, performances, videoarte y arte digital son solo algunas de las expresiones que reflejan las complejidades del mundo moderno. En este contexto, el arte ya no se limita a las galerías y los museos, sino que ha invadido los espacios públicos y las redes sociales, alcanzando a un público cada vez más amplio y diverso.

El arte es, en última instancia, un testimonio de nuestra humanidad. Nos muestra nuestra historia, no solo como un conjunto de eventos, sino como una serie de experiencias vividas por individuos y comunidades. Nos conecta con nuestros ancestros y con las generaciones que vendrán, creando un puente entre el pasado, el presente y el futuro. En este viaje por el tiempo, el arte se convierte en un recordatorio de lo que hemos sido y una invitación a reflexionar sobre lo que queremos ser.

En esta revista, nos proponemos explorar este vasto y fascinante universo de formas, colores, sonidos y palabras que conforman el arte y la historia. Queremos descubrir juntos cómo el arte nos permite conocernos mejor, cómo nos desafía a cuestionar nuestras certezas y cómo nos invita a construir un futuro más consciente y humano. El arte es memoria y es cambio; es pasado, presente y, sobre todo, una promesa de un mañana lleno de posibilidades.

Los invitamos a reflexionar sobre el arte como testigo silencioso de lo vivido, lo soñado y lo sufrido a lo largo de los siglos. Acompáñenos en un viaje por la historia y el arte, donde cada obra nos invita a interpretar y reinterpretar los relatos que han dado forma a nuestra humanidad.

CONTENIDOS

PAG. 4 [ROMA](#)

PAG. 6 [RAMÓN VINAY, el más grande artista lírico chileno.](#)

PAG. 8 [UNA BOTELLA DE SUERO](#)

PAG. 10 [“RENATO ZANNELLI”](#)

PAG. 12 [LOS CARAVASARES](#)

ROMA



Tiene el mar Interior muchos brazos que penetran hasta muy adentro en el continente, haciendo de aquel el más vasto de los golfos oceánicos. Ora se recoge y estrecha entre las islas o las opuestas puntas de los salientes promontorios; ora ensancha y se extiende a manera de una sábana inmensa, sirviendo a la vez de límites y de lazo de unión entre las tres partes del mundo antiguo. En derredor de este gran golfo han venido a establecerse pueblos de diversas razas, si se los considera solo desde el punto de vista de su lengua y de su procedencia, pero que, históricamente hablando, no constituyen más que un solo sistema. La civilización de los pueblos que habitaron las costas del Mediterráneo, en ese período llamado impropiaamente Historia antigua, hace pasar ante nuestras miradas, dividida en cuatro grandes períodos, la historia de la raza copta o egipcia, al Sur; la de la nación aramea o siríaca, que ocupa la parte oriental y penetra en el interior del Asia hasta las orillas del Éufrates y el Tigris; y, en fin, la historia de

esos dos pueblos gemelos, los helenos y los italios, situados en las riberas europeas del referido mar. Cada una de ellas tuvo, sin duda, su principio en otros ciclos históricos, en otros campos de estudio; pero muy pronto emprendieron su camino y lo siguieron separadamente. En cuanto a las naciones de razas extrañas, o emparentadas con las anteriores, que aparecen diseminadas alrededor de este golfo extenso: bereberes y negros, en África; árabes, persas e indios, en Asia, y celtas y germanos, en Europa, han venido a chocar muchas veces con los pueblos mediterráneos, sin darles ni recibir de ellos los caracteres de sus progresos respectivos. Y si bien es verdad que jamás se acaba el ciclo de una civilización, no puede negarse tampoco el mérito de una perfecta unidad a aquella en que brillaron frente a frente los nombres de Tebas y de Cártago, de Atenas y de Roma. Hay aquí cuatro pueblos que, no contentos con haber terminado cada uno de por sí su grandiosa carrera, se han transmitido, además, por

numerosos cambios, y perfeccionándolos cada día, todos los elementos más ricos y más vivos de la cultura humana, hasta que realizaron por completo la revolución de sus destinos. Levantáronse entonces nuevas familias que aún no habían llegado a las fértiles regiones mediterráneas sino como las olas que vienen a morir sobre la playa. Extendieron por ambas riberas. Separóse en este momento la costa sur de la del norte, en los hechos de la Historia; y, cambiando de centro la civilización, abandonó el mar Interior para trasladarse a las inmediaciones del Atlántico. Termina la Historia antigua y comienza la moderna, pero no solo en el orden de los accidentes y de las fechas, sino que se abre otra muy distinta época de la civilización, si bien enlazada por muchos puntos con la que ha desaparecido o está en decadencia en los estados mediterráneos, como esta se había enlazado, en otro tiempo, con la antigua cultura indogermánica. Esta nueva civilización tendrá también su propia carrera y sus destinos propios, y hará que experimenten los pueblos felicidades y sufrimientos; con ella franquearán todavía las edades del crecimiento, de la madurez y de la decrepitud; los trabajos y las alegrías del alumbramiento, en religión, en política y en arte; con ella gozarán sus riquezas adquiridas, así en el orden material como en el orden moral, hasta que lleguen también, quizá al día siguiente de cumplido su fin, al agotamiento de la savia fecunda y la languidez de la saciedad. No importa; este fin no es, a su vez, más que un período breve de descanso; y si, por más que sea grande, ha recorrido ya su círculo, la Humanidad no se detiene por eso; se la cree al fin de su carrera, cuando la están ya solicitando una idea más elevada y nuevos y más extensos horizontes y vuelve a abrirse ante ella su misión primitiva.

El objeto de esta obra es el último acto del drama de la historia general de la antigüedad. Vamos a exponer en ella la historia de la Península situada entre las otras dos prolongaciones del continente septentrional que se adelanta por medio de las aguas del Mediterráneo. Está formada Italia por una poderosa cordillera que parte del estribo de los Alpes occidentales y se dirige hacia el Sur. El Apenino (tal es su nombre) corre primero hacia el Sudeste, entre dos golfos del mar Interior, uno más ancho al Oeste y otro más estrecho al Oriente, y hasta llega a tocar las riberas de este último por los macizos montañosos de los Abruzos, en donde alcanza su mayor altura y se eleva casi a la línea de nieves perpetuas. Después de los Abruzos se divide la cadena, siempre única y elevada, hacia el Sur; luego se deprime y desparrama en un macizo compuesto de colinas cónicas, separándose, por

último, en dos eslabones, poco elevado el uno, que se dirige hacia el Sudeste; poco escarpado el otro, que va derecho al Sur, y termina por ambos lados en dos estrechas penínsulas. Las llanuras del Norte, entre los Alpes y el Apenino, continúan hasta los Abruzos. Geográficamente hablando, y hasta muy tarde en lo tocante a la Historia, no pertenecen dichas llanuras al sistema de ese país de montañas y colinas, a esa Italia propiamente dicha, cuyos destinos vamos a referir. En efecto, hasta el siglo VII de la fundación de Roma no fue incorporada al territorio de la República la parte situada entre Sinigaglia y Rímini (Sena-Gallica y Ariminum); el valle del Po no fue conquistado hasta el siglo VIII. La antigua frontera de Italia no era, por el Norte, los Alpes, sino el Apenino. Este no forma en ninguna parte una arista pelada y alta, sino que cubre, por el contrario, el país con su ancho macizo; sus

valles y sus mesetas se enlazan por pasos apacibles, ofreciendo así a la población un terreno cómodo. En cuanto a las faldas y llanuras que hay delante de la montaña, así al Sur y al Este como al Oeste, su disposición es aún más favorable. Al Oriente, sin embargo, forma una excepción la Apulia, con su suelo aplanado, uniforme y árido; con su playa sin golfos, cerrada como está al Norte por las montañas de los Abruzos, e interrumpida, además, por el pelado islote del Monte-Gárgano (Garganus

mons). Pero entre las dos penínsulas en que termina al Sur la cadena del Apenino se extiende, hasta el vértice de su ángulo, un país bajo, húmedo y fértil, si bien termina en una costa en que son muy raros los puertos. Por último, la costa occidental se enlaza a un país ancho que surcan importantes ríos, como el Tíber, por ejemplo, y que se han disputado desde tiempo inmemorial las olas y los volcanes. Encuéntrense allí numerosas colinas y valles, puertos e islas. Allí están la Etruria, el Lacio y la Campania, ese núcleo de Italia; después, al sur de la Campania, desaparece la playa y termina la montaña en el mar Tirreno como cortada a pico. Por último, así como Grecia tiene su Peloponeso, Italia confina también con Sicilia, la más bella y la más grande de las islas del Mediterráneo, montuosa y a veces estéril en el interior, pero que la rodea, por la parte del Sur y del Este especialmente, una ancha y rica zona de tierras casi enteramente volcánicas. Y así como sus montañas no son sino la continuación de la cadena del Apenino, de la que solo la separa un estrecho (la fractura, Rhegium o Reggio); así como ha desempeñado un papel importante en la historia de Italia, así también el Peloponeso ha formado parte de Grecia y ha servido de arena a las revoluciones de las razas helénicas, cuya civilización ha sido allí un día tan esplendente como en la Grecia meridional. La península itálica goza de

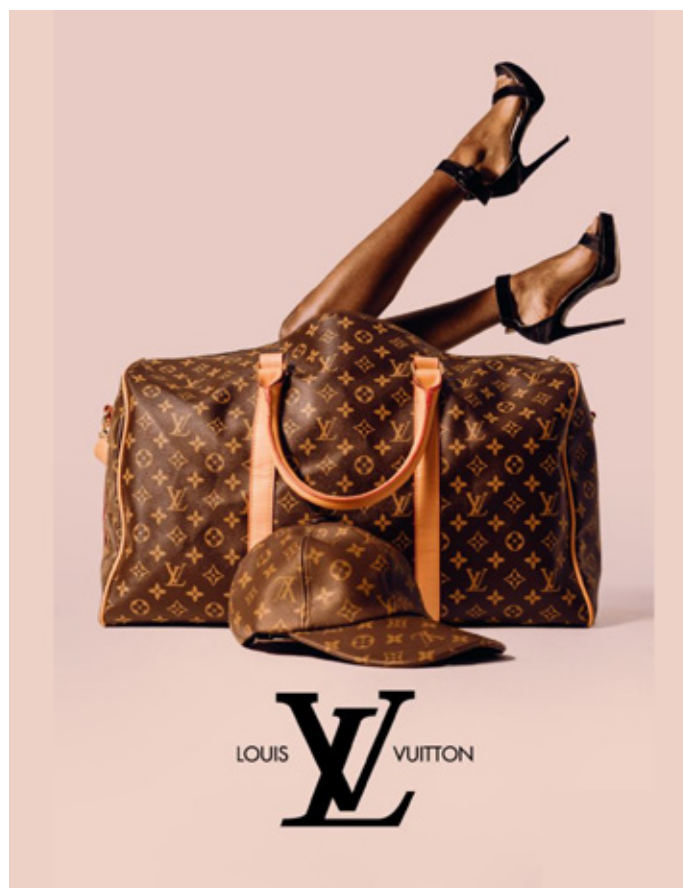
Esta nueva civilización tendrá también su propia carrera y sus destinos propios, y hará que experimenten los pueblos felicidades y sufrimientos

un clima sano y templado, semejante al de Grecia; el aire es puro en sus montañas y en casi todos sus valles y llanuras. Sus costas no están dispuestas tan felizmente; no confinan con un mar poblado de islas, como el que hizo de los helenos un pueblo de marinos. Italia, en cambio, la aventaja en extensas llanuras surcadas de ríos; los estribos y laderas de sus montañas son más fértiles, están siempre cubiertos de verdura y se prestan mejor a la agricultura y a la cría de ganados. Es, en fin, semejante a Grecia, por ser una bella región, propicia siempre a la actividad del hombre, recompensándole su trabajo, abriendo al espíritu aventurero lejanas y fáciles salidas y dando a los menos ambiciosos satisfacciones sencillas y duraderas. Pero mientras que la península griega tiene vuelta su vista hacia Oriente, Italia mira hacia Occidente. Las riberas menos importantes del Epiro y de la Acarnania son a Grecia lo que a Italia las costas de Apulia y Mesapia; allí, el Atica y Macedonia, esos dos nobles campos de la Historia, se dirigen hacia el Este; aquí, Etruria, el Lacio y la Campania están situados al Oeste. Así, pues, estos dos países vecinos y hermanos se vuelven recíprocamente la espalda; y aunque a simple vista pueden percibirse desde Otranto los montes Acroceraunios, no es en el mar Adriático, que baña sus riberas fronterizas, donde se han encontrado estos dos pueblos; sus relaciones se han establecido y concentrado en otro camino muy diferente; ¡nueva e incontrastable prueba de la influencia de la constitución física del suelo sobre la vocación ulterior de los pueblos! Las dos grandes razas que ha producido la civilización del mundo antiguo han proyectado sus sombras y esparcido sus semillas en opuestas direcciones.

No solamente vamos a narrar la historia de Roma, sino la de toda Italia. Consultando solo las apariencias del derecho político externo, parece que la ciudad de Roma ha conquistado primero Italia y después el mundo. No sucede lo mismo cuando se penetra hasta el fondo de los secretos de la Historia. Lo que se llama la dominación de Roma sobre Italia es más bien la reunión de un solo Estado de todas las razas itálicas, entre las que los romanos son, sin duda, los más poderosos, pero sin dejar de ser por eso una rama del tronco primitivo común. La historia itálica se divide en dos grandes períodos: el que llega hasta la unión de todos los italianos bajo la hegemonía de la raza latina, o la historia itálica interior, y el de la dominación de Italia sobre el mundo. Debemos, pues, referir el establecimiento de los pueblos itálicos en la Península: los peligros que corrió su existencia nacional y política, su parcial sujeción a pueblos de otro origen y de otra civilización, tales como los griegos y los etruscos; sus insurrecciones contra el extranjero; el aniquilamiento o la sumisión de este; por último, la lucha de las dos razas principales, latina y samnita, por el dominio de Italia, y la victoria de los latinos a finales del siglo IV antes de Jesucristo, o del V de la fundación de

Roma. Estos acontecimientos ocuparán los dos primeros libros de esta historia. Las guerras púnicas abren el segundo período, que comprende los rápidos e irresistibles progresos de la dominación romana hasta las fronteras naturales de Italia, luego mucho más allá de estas fronteras; y, por último, después del largo statu quo del Imperio, viene la caída de aquel colosal edificio. Los libros terceros y siguientes estarán consagrados al relato de estos grandiosos acontecimientos.

De Historia de Roma por Theodor Mommsen. Garding, Dinamarca -actual Alemania-, 1817. Premio Nobel de Literatura en 1902. De sus célebres frases destaca: “El gran problema del hombre, cómo vivir conscientemente en armonía consigo mismo, con el prójimo y con el conjunto al que pertenece, admite tantas soluciones como provincias hay en el reino de nuestro Padre; y es en esto, y no en la esfera material, donde los individuos y las naciones manifiestan sus divergencias de carácter.” Fuente: Historia de Roma por Theodor Mommsen. Tomo I. Traducción de Alejo García Moreno. Aguilar S.A. Ediciones. Sexta Edición 1965. Páginas 21 y siguientes. Fotografía: Colosseo. Paolo Costa Baldi.



RAMÓN VINAY, el más grande artista lírico chileno.

La forma de encarar su carrera lo hicieron un personaje moderno, un adelantado a su tiempo.

Ramón Vinay es sin dudas, el cantante de ópera chileno más conocido en el mundo. Sus grabaciones, casi todas en vivo, son un referente para los nuevos intérpretes y audiencias. La forma de encarar su carrera lo hicieron un personaje moderno, un adelantado a su tiempo. Respondió a la sensibilidad de post guerra, en la que en el arte ya no sólo se buscaba belleza; el arte debía reflejar la totalidad del espectro emotivo, es decir el ser humano en integral.

Nacido un 31 de Agosto de 1911 en Chillán, Chile, nunca dejó de sentirse chileno; pese a que su acento denotaba los años transcurridos en Francia, México y gran parte del mundo. Su padre se llamaba Jean, era francés y había nacido en los alrededores de Larche, a pocos kilómetros de la frontera italiana. Llegó a Chile en 1888. Los negocios fueron la principal razón que lo llevó a un lugar tan distante. Se dice que era una persona distinguida, educada: un señor a la antigua. Jean se instaló en la Araucanía y no mucho tiempo después de haber llegado se casó con Gumercina Geldres, oriunda de Temuco, con quien tuvo un solo hijo, Antonio. Pero no vivió mucho para disfrutar de su retoño, muy pronto este francés alto y bien parecido quedó viudo, a cargo del pequeño.

Jean Vinay, otra vez movido por motivos comerciales, se mudó a la ciudad de Chillán, donde luego de algunos años, se casó nuevamente, esta vez con Rosa Sepúlveda. Con ella tuvo otros tres hijos: María Antonieta Sebastiana, Otto y Ramón Mario Francisco; un niño inquieto, vivaz, que absorbía rápidamente la información del mundo que lo circundaba.

En Marzo de 1914, Jean viaja a Francia a comprar maquinarias para su empresa, una fábrica de espuelas y artefactos afines. En ese país fue sorprendido por el inicio de la Primera Guerra Mundial, siendo enrolado inmediatamente en el Ejército. Cuando en 1917 obtuvo un mes de descanso, pudo desertar y volver a Chile. Lamentablemente, ese mismo año su esposa Rosa había fallecido, quedando solo y viudo, al cuidado de sus cuatro hijos.

Cuando en 1920, se declaró la amnistía para casos como el suyo, pudo volver a Francia con sus niños. En ese momento, Ramón tenía nueve años. En tierras galas, Ramón no tuvo problemas para adaptarse gracias, entre otras cosas, a su



gran memoria. Pasar de vivir en Chile a hacerlo en Digne, en la Provenza, no fue un problema. Él mismo contaba que el francés lo aprendió en sólo tres meses.

Ramón deseaba ser violinista, pero su padre quería que fuera arquitecto. Esto los llevó a tener continuos choques. En 1928, con 17 años de edad, Ramón viaja a Ciudad de México, en un traslado que respondía a una suerte de castigo. Este nuevo cambio fue difícil, tuvo que volver a aprender el español y se encontró solo en una ciudad que desconocía, haciendo labores de obrero que no esperaba realizar. Su capacidad de trabajo y adaptación, le hizo escalar posiciones rápidamente en una empresa familiar perteneciente a lejanos parientes de su abuela paterna. Pero, Ramón sentía la necesidad de independizarse completamente, por lo que junto a su hermano Otto inicia una negocio de venta de implementos médicos y cajas de cartón para embalar medicinas.

En ese tiempo, le gustaba entonar canciones mexicanas y francesas que había aprendido de oído. Así fue como llegó donde un maestro de canto que cambiaría su vida e influiría en toda la música latinoamericana. Ese maestro era José Pierson, profesor de grandes cantantes mexicanos como Pedro Vargas, Jorge Negrete, Alfonso Ortiz Tirado, Juan Arvizu, Fanny Anitúa y un largo etcétera. El maestro Pierson quedó encantado con la voz de este joven chileno y le entregó las primeras nociones de técnica y disciplina vocal. Le tomó un

tiempo decidir si era tenor o barítono, aunque finalmente se resolvió por lo último, recomendándole cantar ópera. En Septiembre de 1931 debuta como don Alfonso en “La Favorita” de Gaetano Donizetti en el Palacio de Bellas Artes de Ciudad de México, teatro que aún no se inauguraba oficialmente.

Por ese entonces, también se presentaba en transmisiones radiofónicas que le dejaban ingresos adicionales, que invertía en su empresa donde aún trabajaba y donde habría de encontrar a la que sería su esposa y madre de sus dos hijos, María de los Ángeles Padilla.

Fueron años en los que su siempre escaso tiempo se dividía entre la fábrica y sus conciertos en las radios. Presentaciones que cada vez le dejaban mayores ingresos económicos y una incipiente fama en el ambiente local. Sólo en 1938, volvió a los escenarios de ópera, en obras italianas del gran repertorio, como *Madame Butterfly*, *Cavallería Rusticana*, *Pagliacci*, *Otello*, *La Bohème*, *La Gioconda*, *Aida* y *El Trovador*. Las críticas y testimonios de quienes lo vieron en esa época en México, dan cuenta de buen un intérprete, que realiza sentidas interpretaciones. De este período artístico, no se tienen registros fonográficos en vivo, pero sí filmicos. Dos películas mexicanas de principios de la década del '40: “Fantasía ranchera” y “Sueño de una vida”. Ambas películas intercalan números musicales a las partes habladas, como era tradición en el país azteca. En la primera, interpreta a un ingenuo y enamorado joven. En la segunda, tiene una breve aparición cantando un tema de Miguel Lerdo de Tejada, compositor mexicano.

Según palabras del propio Vinay, fue la dirección de la ópera de México la que sugirió hacer el cambio que le daría un giro a su carrera artística, internacionalizándolo. Se le ofreció cantar nuevamente la ópera *Otello* de Verdi, esta vez no en la cuerda de barítono, sino que el papel protagónico, es decir como tenor. Aún parece extraña esta decisión, pero viendo los resultados, nos atrevemos a decir que fue acertada. Al parecer, fueron claves los consejos que recibió del tenor belga Rene Maison. Es así como el 27 de Junio de 1944 Ramón Vinay debuta como tenor en *Otello*, rol que lo iba a marcar para siempre. Fue un gran triunfo, inesperado para el público y crítica, quienes al parecer creían que se había equivocado al tomar ese camino. Como anécdota, cabe decir que en una de las dos funciones que se realizaron, el personaje de Yago (el barítono), fue interpretado por otro chileno, Carlo Morelli. Este último era un cantante que había pisado muchos escenarios importantes y era hermano de Renato Zanelli, otro gran

intérprete de *Otello*. Carlo Morelli había italianizado su nombre para no ser confundido con su hermano. En realidad él se llamaba Carlos Zanelli Morales. Como Vinay, su padre era europeo, en este caso italiano y su madre chilena, de Valparaíso. Ahora bien, Vinay no se quedó ahí. En esos mismos días hizo otro debut, con la seriedad y trabajo que lo caracterizaban. Sansón, en Sansón y Dalila del compositor francés Camille Saint Sæens, uno de sus roles más logrados. Luego, fue alargando su repertorio de tenor con Cavaradossi en *Tosca*, y Radamés en *Aida*. La aparición de este “nuevo tenor” no pasó desapercibida en Estados Unidos. Desde el City Center de Nueva York lo contrataron para cantar *Carmen* en Septiembre de 1945. La primera actuación de muchas que vendrían en ese país.

Entre 1945 y 1948 la fama de Ramón Vinay creció exponencialmente. Debutó en el Metropolitan de Nueva York con *Carmen* el 22 de febrero de 1946 y recorrió gran parte de Estados Unidos cantando esa ópera. Más tarde se sumaría a las presentaciones de *Otello*, *Aida*, *Sansón* y *Dalila* y el debut en *Pagliacci* y *Louise*, de Charpentier.

Por ese entonces, el director de orquesta Arturo Toscanini, quien había trabajado directamente con Verdi, Puccini y otros compositores de la llamada escuela verista, buscaba un tenor para su grabación de *Otello*. Vinay, que había cantado hace poco el rol en Estados Unidos, audicionó para el maestro.

Por Francisco Marín. Santiago de Chile, 2022.

El autor estudió de psicología en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Desde temprana edad incursionó en el mundo lírico, especializándose en la historia de la ópera. El año 2018 dirigió un proyecto de rescate de grabaciones inéditas de Ramón Vinay y Claudio Arrau, digitalizándose veinticinco horas de audio, seleccionadas en una curatoría en conjunto con José Manuel Izquierdo y que corresponden a conciertos, ensayos, entrevistas y eventos sociales de carácter histórico. El material fue donado a la ciudad de Chillán.



UNA BOTELLA DE SUERO

Todas sus esperanzas, todo su consuelo era su hijo, y si se muriese su único hijo...

El anciano doctor se levantó del asiento abrochándose el delantal blanco, luego apagó su cigarrillo. Corrió a un lado los pliegues de la puerta de la sombría tienda y miró a su alrededor con sus ojos hundidos y de pestañas largas. Afuera, los soldados con el distintivo rojo y blanco en sus brazos se alejaban velozmente transportando unas camillas vacías. Al frente de las enormes tiendas en que flameaban las banderas blancas con la luna roja, los doctores se paseaban de un lado a otro, mientras el ruido de la artillería se reflejaba en lejanía. Aún no terminaba la batalla. Recién salían los vehículos para recoger a los heridos que habían quedado en el campo con el avance de la división... Soltó los pliegues de la puerta de la tienda que sostenía firmemente entre sus manos y se retiró a un rincón. . . Frunció el entrecejo. En su rostro se podían observar las profundas huellas de una inquietud agobiante. Se sentó en una silla plegable que se encontraba a un costado y se tomó el cabello con los largos dedos de sus manos venosas. Luego fijó sus ojos turbios en la cabeza de un cadáver que se encontraba sobre la mesa del frente y que parecía sonreír con sus ojos oscuros y dientes amarillos, y se puso a pensar. Aún no llegaban los heridos. Hoy la espera había sido demasiado larga. Una terrible inquietud le con-

sumía su interior... Y si su hijo hubiese sido herido hoy... Ya, ya, ya... Y si ya no volviese más. Todas sus esperanzas, todo su consuelo era su hijo, y si se muriese su único hijo... ¿Qué haría este desdichado que vivía para su hijo? ... Se moriría él también, también él...

Se le erizó el cabello, se le agrandaron sus ojos y su rostro palideció completamente. Ahora como que le parecía ver a su hijo con el pecho ensangrentado, sus ojos cerrados y los labios morados. Se enderezó y alargó sus brazos hacia esa figura, esa imagen ensangrentada, como si quisiera empujarla... Después dejó caer sus brazos temblorosos hacia un costado. -¡Uf!... Murmuró, hoy me corroe una cosa fatal... Se levantó y comenzó a caminar dentro de la tienda con pasos ligeros... ¿Quién le había dicho que su hijo había muerto o que estaba herido?... Nadie... Pero una voz, una voz que venía de su interior, le pregonaba en voz alta que un desastre inminente se cernía sobre su cabeza... Se sostenía y apretaba el pecho tratando de ahogar esa voz, esa voz maldita, pero no tenía éxito y de nuevo comenzaba a ahogarse. En ese instante aumentaron los ruidos en la parte de afuera... Traían a los heridos... Quiso avanzar hacia la puerta pero vaciló... ¿Y si ahora lo trajeran sobre una camilla y tuviera que verle su cara pálida?... Pero lo llamaba el cumplimiento del deber, y tenía que salir... Salió... Había unas cuantas camillas que iban y venían y los médicos con sus largos delantales blancos corrían de un lado a otro. ... Se dirigió hacia la tienda del quirófano. . . Entró en ella y con una voz ronca preguntó:

-¿Qué noticias hay? ¿Tenemos heridos de gravedad?

Uno de sus colegas le respondió:

-Casi no tenemos heridos de gravedad. Solamente que la pierna derecha del coronel quedó muy maltratada por una bala de metralla que le abrió una gran herida. Y en ese intertanto debido a que avanzaba la división que iniciaba el ataque, no pudo ser atendido por un largo rato... La herida se ve muy mal y seguramente tendremos que aplicarle suero. ¿Sí? . . . Alá ha tenido piedad de nosotros, porque ustedes saben que la vida de nuestra división va juntamente con la vida de nuestro coronel. Tenemos que aplicarle suero inmediatamente para evitar el peligro del tétano ¿Y dónde está él ahora?

¡En el vendaje!

Estaba por salir hacia la tienda de los vendajes cuando se detuvo súbitamente en la puerta, se puso pálido y se estremeció, luego se arrojó sobre una camilla que llegaba, diciendo: ¡Hijo! ¡Hijo!... Sus amigos lo sujetaron. . . El herido se veía muy grave. Tenía una profunda herida en el pecho. Lo pusieron sobre el linóleo blanco de la mesa de operaciones. El pobre padre, totalmente pálido, con sus labios morados y ojos aterrorizados se frotaba las manos y miraba todo esto desde una esquina. . . Acostaron al herido... Cuando le abrieron la herida el anciano doctor corrió inmediatamente a la mesa... Y con una voz retumbante dijo:

-¡Qué herida más asquerosa, inmunda!... Examinó la herida con sus propias manos. No era tan profunda, no había peligro... Respiró profundamente. . . Sus ojos sonreían... Ahora sólo había un peligro, el tétano... Pero esto también podía evitarse. . . Después de contar con suero... Se dio vuelta de inmediato y le dijo al farmacéutico:

-Ah mi señor, traigan rápidamente dos botellas de suero. Dos botellas, una para mi hijo, la otra para el coronel... Su interlocutor, un hombre de barba blanca y anteojos, le dijo lentamente:

-Mi señor se le olvida el ataque con bombas que los aviones realizaron el otro día, cuando ardieron los almacenes de medicamentos se dañaron los sueros. . . Y creo que sólo se salvó una botella... Yo le había hablado de esto. Y escribimos a Estambul, hace poco...

Pero él ya no escuchaba explicaciones. Sólo recordaba una botella de suero... Ahora se habían deshecho todas sus esperanzas, ello significaba que su hijo estaba condenado a morir... Había dos heridos que necesitaban suero. . . Pero quedaba

sólo una botella. Uno de ellos teniente, el otro coronel... ¡Uno el Comandante del regimiento, el otro un pequeño oficial! Uno de ellos era su propio hijo, el otro el padre de todo un regimiento... Chocaban el sentimiento del deber y el afecto de un padre... Incluso, mientras estuviese allí el coronel, ¿Podrían sus palabras tener validez si dijese "Ponga este suero a mi hijo"?

Sus amigos, todos estupefactos, le miraban a los ojos y así seguían la impronta sangrienta de esta lucha. . . Se enderezó y dirigió su mirada hacia la mesa donde yacía su hijo, se quedó inmóvil, se quedó allí inmóvil por un largo rato... Después, de súbito, con una voz algo trémula, sin esperanza, pero firme dio la siguiente orden:

-Apliquen el suero al coronel... Y se desplomó sobre su hijo...

.....

Durante diez días no se separó de él ni por un instante... Con sus ojos vacíos observó como su hijo se retorció en medio de un tremendo sufrimiento bajo las garras del tétano ardiente, y cuando quedó sin aliento después del último estertor, avanzó hacia él. ¡Y lo sacudió una vez!, ¡una vez más, una vez más! Después se le agrandaron los ojos, se le erizaron los cabellos, se le torció la boca y, como soltando una carcajada de amargura, tomó en sus brazos a su hijo, el cuerpo frío y rígido de su hijo. Con una expresión vagabunda, como la de alguien que no sabe lo que va a hacer, se alejó en dirección a las montañas, que hacían ondular sus verdes cumbres extendidas en la vasta lejanía.

.....

Después de esa noche nadie vio nunca más al doctor ni a su hijo.

(Diario Alemdar, 1920)

Paulino Toledo Mancilla es historiador de la Universidad de Chile con una maestría y doctorado en Historia Otomana de la Universidad de Ankara, Turquía.

Se desempeñó como docente en la Universidad de Los Lagos, Chile, pero ha realizado la mayor parte de su carrera académica en la universidad donde se doctoró. Actualmente, enseña en el posgrado del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la misma institución.

Tiene numerosas publicaciones sobre historia otomana, especialmente en los campos militares y navales, así como estudios sobre literatura latinoamericana, muchas de ellas en interacción con la cultura turca.



“RENATO ZANNELLI”

Uno de los artistas líricos más interesantes del siglo XX, es el chileno Renato Zanelli. Al igual que su compatriota Ramón Vinay poseía una voz oscura, pero bien timbrada, en ese incierto umbral que distingue un tenor de un barítono. Comenzó cantando en esta última tesitura, para luego pasar a hacerlo como tenor, en la cual vio sus mayores éxitos.

Nacido en Valparaíso un 1º de abril de 1892, era hijo de un emigrante ligur de nombre Ottorino, radicado en la región de Tarapacá, la que poco tiempo antes había pasado a ser chilena. Ahí, como tantos otros europeos, Ottorino hizo fructíferos negocios en la industria del salitre.

En Chile, Ottorino se casa en segundas nupcias con Margarita Morales, pianista y pintora amateur con la cual, aparte de Renato, tendrá otros seis hijos. Algunos famosos como Carlos Zanelli-Morales, o Carlo Morelli, barítono de éxito

internacional y Florencio Zanelli, maestro de canto en el Teatro Municipal de Santiago hasta su fallecimiento en la década de 1980.

En 1894, el pequeño Renato viaja a Europa donde realiza sus estudios escolares y luego de economía; primero en Neuchâtel, Suiza y posteriormente en Turín, Italia.

En 1911, vuelve a Chile para trabajar en la compañía de su padre y en la Bolsa de Valparaíso. En esa ciudad inicia sus estudios de canto con el tenor dramático italiano Angelo Querzé, quien en 1894 había protagonizado el estreno en Chile de la ópera Otello de Verdi. Con él trabajó diversos meses, hasta que estuvo listo para debutar profesionalmente.

Es así como, en septiembre de 1916, Renato Zanelli canta por primera vez una ópera lírica. Se exhibe en el rol de Valentín en Fausto, de Charles Gounod, en el Teatro Municipal de Santiago. Al año siguiente canta en Montevideo los roles de Tonio (Pagliacci) y el Conte di Luna (El Trovador). En 1918, luego de una audición en el Metropolitan Ópera de Nueva York ante Giulio Gatti-Casazza, es contratado como primer barítono de esa compañía. Tal es la impresión que causa, que una semana después firma, con la casa discográfica Víctor un contrato para hacer veinte grabaciones. Un ascenso meteórico, para un artista que había debutado sólo dos años antes. Renato Zanelli canta por primera vez en el Metropolitan Ópera el 19 noviembre 1919. Encarna a Amonasro en Aida junto a la soprano Claudia Muzio, el tenor Giovanni Martinelli y la mezzosoprano Gabriella Besanzoni, la que también debutaba en ese teatro.

En Nueva York cantó como barítono hasta 1923. En estas funciones interpretó los roles de Tonio (Pagliacci) y Don Carlo di Vargas (La fuerza del destino) compartiendo escenario en ambas óperas con Enrico Caruso. Además, interpretó los personajes de Dodon (Le Coq d'Or), Il Conte di Luna (Il trovatore) - en una gira de la compañía a Philadelphia - y Valentín (Fausto).

Su última aparición en la cuerda de barítono se llevó a cabo en el Central Park de Nueva York en un concierto al aire libre, con una selección de Otello, junto al famoso tenor puertorriqueño Antonio Paoli, donde cantó a Yago, el perverso alférez del moro protagonista.

En Italia, bajo la guía de los maestros Fernando Tanara y Dante Lari, decide dar un vuelco a su carrera al estudiar como tenor, con resultados asombrosos. No es el único caso de un barítono que se convierte en tenor. Además del ya citado Ramón Vinay, un camino similar lo había recorrido antes su maestro Angelo Querze.

Su segundo debut, ya convertido en tenor, se produce el 28 de octubre 1924, como Alfredo en la Traviata actuando en el Teatro Politeama Giacosa de Nápoles. Lugar en el que luego, en noviembre del ese año, canta el exigente rol de Raoul en Los Hugonotes de Meyerbeer.

En 1925 agrega al su repertorio Dick Johnson en La Fanciulla del West, Manrico en El Trovador, Cavaradossi en Tosca y Pollione en Norma, ópera que el mismo año cantará en el Teatro Regio de Parma. El 3 de noviembre de 1925, en el Teatro Politeama Chiarella de Turín se presenta, por primera vez, en el rol protagonista del Otello; probablemente el personaje con que más se lo identifica.

En 1926 se exhibe en Buenos Aires y Río de Janeiro, donde sigue agregando roles a su repertorio: Canio (Pagliacci) y el papel protagónico en Nerone de Arrigo Boito. Ese el mismo año canta el Teatro Dal Verme de Milán también como protagonista en Lohengrin y Fausto. En 1927, actúa en Egipto en las óperas Otello, La africana y Mefistofele.

En esos años, es considerado el mejor intérprete de Otello del mundo, papel que canta en los más prestigiosos teatros, como el Covent Garden de Londres.

Vuelve a Chile, donde canta Lohengrin, Pagliacci, Carmen, Otello y el estreno local – y personal- de Tristán e Isolda (en la versión italiana, como era habitual en esos años hacer con muchas de las ópera alemanas y francesas).

En la temporada 1929-1930 canta en el Teatro Real de Roma, La Valquiria, La Forza del Destino, Tristán y Isolda y en el estreno absoluto de Lo Straniero de Ildebrando Pizzetti.

Entre 1930, Zanelli debuta en el Teatro alla Scala di Milán, con las óperas Tristán e Isolda y Lo Straniero. En 1931 vuelve a ese teatro, para cantar en La Rosa de Saaron de Adriano Lualdi. Los éxitos se sucedían uno tras otro. Pero tal vez ninguna representación fue tan emocionante como la del 17 de septiembre de 1931, en la víspera del aniversario patrio; un día histórico en la historia de la ópera en Chile. Renato canta en el Teatro dal Verme de Milán el Otello de Verdi, junto a su hermano Carlo Morelli que interpretaba a Yago. La orquesta la dirigía el maestro italo-chileno Alfredo Padovani. Mientras que entre el público, se encontraba la emocionada madre de los dos principales cantantes masculinos de la velada, Margarita Morales.

En 1932, Renato Zanelli vuelve al Teatro alla Scala y a Roma con Tristán, y luego como Siegmund en La Walkiria en el Teatro Regio di Parma junto a Carmen Melis, quien posteriormente sería la maestra de la gran soprano Renata Tebaldi.

En mayo de 1933 regresa a Sudamérica y en el prestigioso Teatro Colón interpreta Debora y Jael y Norma de Bellini. Luego de sus presentaciones en Argentina vuelve a Chile, donde en el Teatro Municipal canta en Andrea Chénier de Giordano, Tosca, El Trovador, Pagliacci, Mefistofele y Aida. El 12 y 15 octubre de 1933, Renato Zanelli canta en Santiago, el que sería el último Otello de su vida, cosa que él no sabía. Su última actuación, será un concierto en la ciudad de Osorno el 25 octubre 1933. En febrero de 1934 vuelve a los Estados Unidos, donde canta óperas y conciertos. Pero, el avanzado estado de su enfermedad, un cáncer renal, no le permitirá honrar todos su compromisos. En Chile, es intervenido quirúrgicamente, pero su deteriorado físico no resiste mucho tiempo luego de la operación. Es así como fallece un 25 marzo de 1935, una semana antes de cumplir los 43 años, en el ápice de su fama.

Son numerosas las grabaciones de este artista, la mayoría de ellas en estudio, las cuales nos permiten apreciar un cantante de registro uniforme, de gran intención dramática, de cuidada línea de canto. Un artista moderno, pese a algunas inflexiones y efectos propios del canto de inicios del siglo XX. Una voz oscura, pero a su vez dúctil, que destacó en algunos de los roles más difíciles del repertorio tenoril.

Además, existen grabaciones en vivo de este artista. Documentos de gran valor, para los jóvenes estudiantes de canto, musicólogos y el público en general. Un ejemplo de esto es la selección de Tristán e Isolda en el Teatro alla Scala de Milán en 1930, dirigido por Victor de Sabata.

Renato Zanelli es recordado entre muchos aficionados a la ópera en todo el mundo. Lamentablemente en Chile es poco conocido, su nombre está asociado a algunas calles que llevan su nombre, pero gracias a internet podemos escuchar gran parte de sus grandes y cuidadas interpretaciones y hacer justicia a uno de los grandes cantantes de la edad de oro de la ópera.

Por Francisco Marín. Santiago de Chile, 2022.

El autor estudió de psicología en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Desde temprana edad incursionó en el mundo lírico, especializándose en la historia de la ópera. El año 2018 dirigió un proyecto de rescate de grabaciones inéditas de Ramón Vinay y Claudio Arrau, digitalizándose veinticinco horas de audio, seleccionadas en una curatoría en conjunto con José Manuel Izquierdo y que corresponden a conciertos, ensayos, entrevistas y eventos sociales de carácter histórico. El material fue donado a la ciudad de Chillán.

Ensayo

LOS CARAVASARES

Historia, evolución e impacto cultural.

Los caravasares, también conocidos como “khans” en algunas culturas, son estructuras históricas que evocan las rutas comerciales de la antigüedad, en especial las de la famosa Ruta de la Seda. Estas construcciones fueron más que simples alojamientos; representaron puntos clave de intercambio, no solo de bienes, sino también de ideas, conocimientos y culturas.

La palabra “caravasar” proviene del persa kārīvānsarāy, donde kārīvān significa “caravana” y sarāy se traduce como “alojamiento” o “palacio”. Esta combinación hace referencia al propósito principal del edificio: ser un refugio para las caravanas de comerciantes y viajeros que cruzaban largas distancias. Desde su origen, el término encierra la esencia de su función: un espacio que alberga a los viajeros y sus animales de carga, proporcionando un lugar seguro para descansar, intercambiar mercancías y socializar en el marco de los trayectos comerciales.

Los caravasares no solo funcionaban como centros de comercio, sino que también eran espacios donde se encontraban personas de diferentes culturas, religiones y lenguas.

La etimología de la palabra revela una relación con otras lenguas y culturas en las que estos edificios jugaron un rol similar. En árabe, la palabra khan también se utilizaba para referirse a estos alojamientos, y en turco la palabra han mantiene un significado parecido. Así, el caravasar se convirtió en una institución reconocible y compartida en gran parte de las civilizaciones que se encontraban en las rutas de comercio.

Origen y expansión de los caravasares:
De Persia al mundo islámico y más allá

Los caravasares tienen sus raíces en el Imperio Persa, alrededor del siglo V a.C., durante la dinastía aqueménida. A medida que el imperio persa se expandía, surgió la necesidad de establecer rutas seguras para los mercaderes, funcionarios y soldados que debían viajar largas distancias. En este contexto, se construyeron los primeros caravasares como puntos de descanso y protección en los caminos principales. Estas estructuras fueron pensa-

das estratégicamente para facilitar el comercio y la comunicación a través de los vastos territorios persas.

Durante la Edad Media y el renacimiento de la Ruta de la Seda, los caravasares se volvieron aún más esenciales. A partir del siglo VIII, el mundo islámico, que se extendía desde la península ibérica hasta el oeste de China, vio un aumento en el comercio internacional. Los caravasares se convirtieron en puntos fundamentales en las rutas que conectaban a China, India, Asia Central, Persia, el Medio Oriente y Europa.

Fue a partir de este período que los caravasares se establecieron como una institución reconocible a lo largo de las rutas comerciales de Asia y Medio Oriente. El modelo persa fue adaptado y replicado en diferentes imperios, como el Imperio Sasánida, el Califato Abbasí y más tarde el Imperio Otomano y la India mogola. Cada civilización contribuyó a la evolución de los caravasares, adaptando su arquitectura y su diseño a las necesidades de la región y la época, pero manteniendo siempre su esencia como puntos de conexión y refugio.

La arquitectura de los caravasares: Funcionalidad y simbolismo

La arquitectura de los caravasares fue cuidadosamente diseñada para cumplir su propósito de manera óptima. Generalmente, estas construcciones consistían en un gran patio central rodeado de habitaciones que servían para almacenar mercancías, proporcionar alojamiento a los comerciantes y sus animales, y ofrecer espacios de descanso. Esta disposición en torno al patio central no solo facilitaba la seguridad y la vigilancia, sino que también creaba un espacio abierto y amplio para que los viajeros socializaran y establecieran redes comerciales.

Muchos caravasares contaban con una sola entrada, lo cual permitía controlar el acceso y mantener la seguridad de los viajeros. Las puertas de los caravasares solían ser robustas y ornamentadas, reforzando el sentido de protección. A menudo, las habitaciones estaban divididas en dos niveles, con los espacios superiores dedicados a los comerciantes y el inferior a los animales y la mercancía, lo que aseguraba el descanso y la higiene de los viajeros. Algunos caravasares incluso incluían una mezquita o un pequeño espacio de oración, reconociendo la importancia de la religión para los viajeros musulmanes que cruzaban estas rutas.

En regiones más áridas o montañosas, los caravasares también cumplían una función climática, proporcionando refugio contra las duras condiciones del clima. Los gruesos muros y las estructuras cerradas ofrecían alivio del calor abrasador del desierto en verano y protección contra el frío invernal. En los caravasares de Anatolia, por ejemplo, se pueden encontrar características arquitectónicas diseñadas específicamente para soportar las condiciones montañosas y nevadas del invierno, como techos abovedados y gruesas paredes de piedra.

Los caravasares no solo funcionaban como centros de comercio, sino que también eran espacios donde se encontraban personas de diferentes culturas, religiones y lenguas.

Importancia cultural de los caravasares en el intercambio de ideas

Los caravasares no solo funcionaban como centros de comercio, sino que también eran espacios donde se encontraban personas de diferentes culturas, religiones y lenguas. Gracias a estos intercambios, los caravasares se convirtieron en centros de transmisión de conocimientos, donde las ideas científicas, filosóficas y artísticas se compartían y se difundían. Los caravasares contribuyeron así al enriquecimiento cultural de las sociedades conectadas por las rutas comerciales.

Fue a través de las rutas de caravasares que los conocimientos médicos, matemáticos y astronómicos de los griegos y los persas llegaron a India, mientras que los saberes chinos, como la fabricación de papel y pólvora, se difundieron hacia el oeste. Asimismo, los caravasares facilitaron el intercambio de ideas religiosas y filosóficas; sufíes, monjes budistas, mercaderes cristianos y sabios de diversas tradiciones compartieron sus creencias y prácticas en estos espacios.

Este intercambio cultural también impactó en el arte y la literatura de las regiones conectadas por los caravasares. Los viajeros que cruzaban Asia y Medio Oriente llevaban consigo cuentos, mitos y tradiciones, y a menudo estos relatos se enriquecían al ser transmitidos de una región a otra. Esta transferencia cultural se manifiesta en la literatura persa, india y árabe, donde se encuentran relatos de viajeros y aventuras que muestran el espíritu de exploración y encuentro de estas rutas.

El declive y la transformación de los caravasares

Con el auge de las rutas marítimas en el siglo XVI, los caravasares empezaron a perder importancia como centros comerciales. La Ruta de la Seda, que había sido el eje del comercio terrestre entre Asia y Europa, fue desplazada por

las rutas oceánicas, que resultaban ser más rápidas y menos peligrosas. Con la disminución de las caravanas de comerciantes, muchos caravasares fueron abandonados o se transformaron en pequeños pueblos y aldeas.

Sin embargo, algunos caravasares han sobrevivido y se han restaurado, convirtiéndose en sitios de interés histórico y turístico. En Irán, Turquía y otras regiones de Asia Central, algunos caravasares han sido renovados como museos o espacios de encuentro cultural. Estos lugares se han convertido en símbolos de un pasado en el que el comercio y la cultura florecieron a través del contacto pacífico y el respeto mutuo entre diferentes civilizaciones.

El legado de los caravasares en la historia y la cultura
Los caravasares representan uno de los logros más notables en la historia del comercio y la interacción cultural. Desde sus humildes comienzos en el antiguo Imperio Persa hasta su expansión a través de Asia y Medio Oriente, estos centros

de alojamiento y comercio fueron esenciales para el desarrollo de las civilizaciones conectadas por la Ruta de la Seda. Más allá de su funcionalidad económica, los caravasares se convirtieron en símbolos de intercambio cultural, donde las ideas, las lenguas y las religiones convergieron y se enriquecieron mutuamente.

A través de los caravasares, vemos cómo el ser humano ha buscado siempre puntos de encuentro y conexión, independientemente de las barreras geográficas, lingüísticas o culturales. En una época en que el mundo parecía más amplio y fragmentado, los caravasares nos recuerdan la importancia de los vínculos humanos y el valor del intercambio de ideas como pilares fundamentales del desarrollo cultural.

Por Sebastian Marín.



